

Citación bibliográfica: BAK, Laura. «Autocartografías de Alicia Dujovne Ortiz: la narrativa detrás de las fronteras en *Las perlas rojas* (2005) y *Camarada Carlos* (2007)». *América sin Nombre*, 30 (2024): pp. 153-169, <https://doi.org/10.14198/AMESN.24664>

Autocartografías de Alicia Dujovne Ortiz: la narrativa detrás de las fronteras en *Las perlas rojas* (2005) y *Camarada Carlos* (2007)

Alicia Dujovne Ortiz's Autocartographies: the Narrative behind Borders in *Las perlas rojas* (2005) and *Camarada Carlos* (2007)

Laura Bak

Universidad de Utrecht, Países Bajos

l.bakcely@uu.nl

laurabak26@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-0087-4467>

Fecha de recepción: 23/02/2023

Fecha de evaluación: 25/04/2023

Resumen

Dentro de las literaturas producidas por las segundas y terceras generaciones migrantes hay presencia de textos de carácter autobiográfico. En estas escrituras el *yo* no se construye a partir de la narración de la vida sino a partir de la reconstrucción de los territorios abandonados por sus antepasados. Estos lugares han desaparecido de la cartografía geopolítica actual dado que ha habido movimientos de fronteras, algunos poblados y ciudades han cambiado de nación o se les ha dado otro nombre. Como consecuencia, regresar y encontrar estos territorios resulta muchas veces imposible. El subgénero de *autocartografía* nos permite estudiar estas obras mediante el análisis de cómo se da cuenta de estos espacios y cómo se resignifican las fronteras geopolíticas. Hemos analizado *Las perlas rojas* (2005) y *Camarada Carlos* (2007) de Alicia Dujovne Ortiz a partir de dos interrogantes: ¿Cómo reconstruye en su narrativa los espacios perdidos de sus abuelos paternos? ¿Cómo resignifica las fronteras y qué cartografía resulta? El estudio se realiza en diálogo con los principios de la *geocrítica* propuestos por Bertrand Westphal (Francia, 1962) y el concepto de *plasticidad*

© 2024 Laura Bak



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0):
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

de Catherine Malabou (Francia, 1959). Hemos encontrado que Dujovne compone una cartografía de múltiples niveles. Es un mapa de los lugares plausibles (Westphal), esto es, nos ofrece no una única versión sino una composición de los territorios en medio de los diálogos con diversas experiencias de dichos lugares. Esta cartografía es un exponente de la plasticidad donde espacio, narradora y su representación dan y reciben forma mutuamente. Construir la cartografía de un lugar como resultado de conversaciones entre su presente y las historias de sus habitantes y migrantes implica pues un mapa figurado por la experiencia que también da forma a quien escribe.

Palabras clave: Frontera; Cartografía; Autobiografía; Migrante; Espacio

Abstract

Within the literatures produced by second and third generation migrants, there are texts of an autobiographical nature. In these writings, the self is not constructed on the basis of the narration of life but on the basis of the reconstruction of the territories abandoned by their ancestors. These places have disappeared from the current geopolitical cartography since there have been border movements, some towns and cities have changed nation or have been given another name. As a result, returning to and finding these territories is often impossible. The sub-genre of autocartography allows us to study these works by analysing how these spaces are accounted for and how geopolitical borders are re-signified. Two questions have been used to analyse Alicia Dujovne Ortiz's *Las perlas rojas* (2005) and *Camarada Carlos* (2007). How does she reconstruct in her narrative the lost spaces of her paternal grandparents? How does she re-signify borders and what kind of cartography is the result? The study is carried out in dialogue with the principles of geocriticism proposed by Bertrand Westphal (France, 1962) and Catherine Malabou's (France, 1959) concept of plasticity. Here we have found that Dujovne composes a multi-layered cartography. It is a map of plausible places (Westphal), that is, she offers us not a single version but a composition of territories in the midst of dialogues with diverse experiences of those places. This cartography is an exponent of the plasticity where space, narrator and her representation mutually give and receive shape. Constructing the cartography of a place as a result of conversations between its present and the stories of its inhabitants and migrants thus implies a map shaped by the experience that also shapes the writer.

Keywords: Border; Cartography; Autobiography; Migrant; Space

Contexto de la problemática

Debido a disputas territoriales, conflictos, negociaciones diplomáticas y factores políticos y sociales las fronteras no han dejado de cambiar. El trazado y la gestión de las fronteras ha sido y sigue siendo determinante en la vida y el desplazamiento de millones de personas. En el siglo XX, Europa vivió la desintegración de los imperios, la reconfiguración de las fronteras en Europa Central y del Este, el desmembramiento de Yugoslavia, la caída del Muro de Berlín y con ello los cambios de las fronteras de Europa Central. La descolonización condujo a la independencia

de numerosas colonias europeas en África y Asia, lo que resultó en la formación de nuevos estados consecuentemente en cambios en las fronteras geopolíticas. Millares de personas emigraron y se establecieron en nuevas naciones. El retorno definitivo o provisional resulta, en muchos casos, “imposible”, el lugar de origen ya no está donde estuvo.

Descendientes de migrantes emprenden viajes de “regreso” a las tierras de origen de sus familias que son «viajes al centro de su propio yo» (Houvenaghel 2019, p. 7). Estos retornos son odiseas de gran envergadura no por ser grandes desplazamientos sino porque numerosas fronteras obstaculizan los recorridos. El desplazamiento está colmado de dificultades dado que, en la mayoría de los casos, los autores regresan como extranjeros. Obtener visas y permisos de desplazamiento se hace necesario. Existen, además, dudas sobre la precisión en la locación, el nombre de los lugares y el Estado al que actualmente pertenecen.

A la hora de estudiar a las segundas y terceras generaciones migrantes se presume que hay, al menos, dos décadas de distancia con el último tránsito. En el contexto geopolítico, numerosos cambios suceden en ese lapso de tiempo. Esas alteraciones conllevan a la confusión y a la falta de certezas. Pero la frontera no es únicamente una barrera física, es también una limitante en la comunicación de estas historias: el mutismo y los idiomas extranjeros implican la pérdida de grandes trozos de información. Cuando estas nuevas generaciones, extranjeras en los territorios de sus padres y abuelos, optan por aventurarse a “regresar” se enfrentan a la dificultad de conseguirlo. Los diálogos familiares suelen aportar algunos datos, historias, nombres, anécdotas que esbozan una idea de la cartografía¹ que se contrasta con los mapas actuales.

Dentro de la inmensa producción literaria de autores hijos y nietos de migrantes, se ha notado que, en América Latina, a partir de la década de 1980, un grupo significativo de autoras ha escrito textos de carácter autobiográfico. Su mirada y su escritura se ha enfocado en la búsqueda de las tierras abandonadas por sus antepasados. Entre las muchas variables que comparten, la pérdida de un lugar de enunciación, de un lugar seguro y habitable impulsa al tránsito. La travesía emprendida implica el encuentro con estas tierras presentes en su imaginario, pero difíciles de localizar con precisión. ¿Cómo se reconstruyen estos espacios en su narrativa? ¿Qué tipo de resignificación de las fronteras se da en estos textos y qué cartografía resulta de ello?

1. La cartografía en el presente estudio se utiliza como metáfora mas no como práctica.

Raíces de los textos autocartográficos

La búsqueda de los territorios perdidos requiere de investigaciones exhaustivas. Implica cuestionamientos sobre la veracidad de las historias, las fuentes consultables, la financiación de los viajes y la comunicación con los nuevos interlocutores. Esta indagación y sus esfuerzos tienen efectos sobre quien se desplaza. En este campo surgen los textos autocartográficos². Estos textos no se centran en la narración de la vida de su autor, puesto que, en la mayoría de los casos, esa vida dialoga y reconstruye otras vidas. La restauración de los territorios, el contraste de su imaginario con su actualidad y su historia dan espacio a que aparezca el *yo* autorial. Es decir, es una construcción del *yo* mediante la reconstrucción de los espacios. Ese *yo* es el eje entre el mundo que fue y el que es. El *yo* une los terrenos de la migración como un migrante. Así, los textos autocartográficos crean «una apertura hacia otro espacio diferente, [...], un universo abierto, un mundo sin límites» (Houvenaghel 2015 p. 98).

Dentro del corpus de autoras descendientes de migrantes judíos provenientes de Europa central y oriental, el regreso a lugares que han desaparecido de la cartografía geopolítica actual es un motivo que predomina. Andrea Jeftanovic (Chile, 1970), Cynthia Rimsky (Chile, 1962), Ruth Behar (Cuba, 1956) Alicia Dujovne Ortiz (Argentina, 1940) son ejemplo quienes escriben sobre sí mismas mientras buscan los territorios perdidos por sus antepasados. El objeto de estudio no se limita a autoras latinoamericanas que retornan a la Europa y el Medio Oriente. Autoras de origen yugoslavo, por ejemplo, vuelven a una nación que ya no existe cuyo territorio se ha dividido en siete; los casos también se extienden a África y Asia.

Estos textos autobiográficos están centrados en la reconstrucción de esos espacios³ al igual que de los tránsitos propios y de sus familias. El regreso surge como una cuestión existencial que determina la manera de concebir los espacios y su relación con ellos. A sus travesías se interponen dificultades como la imposibilidad de alcanzar el “destino original”, esto es, la tierra de sus antepasados o de llegar a un destino errado como consecuencia de la confusión de los nombres de los sitios. Ellas viven la experiencia de descubrirse en su recorrido, de mirar el mundo desde varias aristas, de tener que confrontar su versión del mundo con aquellas que se forjaron a lo largo de los años.

2. El concepto “autocartografía” que aquí presento para denominar un subgénero de la autobiografía es producto de mi investigación «Mapping Transnational Selves Across Borders: Autocartographies by Latin American Women Authors (1990-2020)» desarrollado en el Instituto ICON de la Universidad de Utrecht, con Helena Houvenaghel.

3. Para la propuesta de las “autocartografías”, el “espacio” se concibe a partir de la Geocrítica. Amplio y multidimensional, el “espacio” no se considera como un simple contenedor vacío o un escenario neutro donde ocurren los fenómenos sociales, sino que se entiende como un constructo social y político que está intrínsecamente relacionado con las relaciones de poder, la identidad y la forma en que se configuran y se experimentan las interacciones humanas.

Para quienes nacen en la migración, la frontera resulta una construcción obsoleta para pensar y reconstruir el territorio. La representación del espacio para los migrantes exige trazarlo con otras líneas que permitan el movimiento, los tránsitos, la coexistencia, el cuestionamiento sobre su historia. Es aquí donde la autocartografía asoma como un medio para generar mapas alternativos. Es un diálogo entre el presente y el pasado de los territorios. Es la experiencia del migrante que intenta retornar sabiendo o descubriendo que es otro y que llegará a otras tierras donde encontrará las huellas oscuras de los suyos.

La “autocartografía” consta de cinco grandes rasgos. (1) El *yo* autorial se construye a través del espacio; (2) en el texto se asume una postura que refleja una rebelión en contra las fronteras; (3) las fronteras se resignifican; (4) hay presencia de diálogos intergeneracionales, (5) los textos son escritos *in medias res*, reflejando continuidad y multiplicidad desde donde se escriben. No es imperativo que una obra, autocartográfica cumpla con los cinco criterios. Así, en los textos autocartográficos de una actriz de la segunda generación del exilio español, María Casarès, «identity construction is conceived in spatial terms» (Houvenaghel, 2023, p. 5) y se reconocen la mayoría de los rasgos aquí citados, salvo la rebelión en contra de las fronteras.

Este artículo se enfoca en el tercer eje con el objetivo de entender la resignificación de las fronteras a través de la lectura de *Las perlas rojas* (2005) y *Camarada Carlos* (2007) de Alicia Dujovne (Argentina, 1940). El estudio se realizará en diálogo con los principios de la *geocrítica* propuestos por Bertrand Westphal (Francia, 1962) y el concepto de *plasticidad* de Catherine Malabou (Francia, 1959).

Una vez se empacan las casas y se abandonan los hogares, el mundo como era, deja de existir. De ello quedan recuerdos, fotografías; escombros rescatados de los naufragios de esas vidas. Los migrantes cargan con ese equipaje físico e imaginario. Las travesías y las condiciones de supervivencia obligan a ir dejando el peso en el camino. El tiempo tiene también sus efectos, con la edad y las distancias, las certezas, los nombres se borran. Décadas después, las nuevas generaciones, extranjeras en esos hogares que quedaron atrás, emprenden sus travesías de búsqueda. Se tropiezan con múltiples verdades, esto es, con las versiones de lo que sobrevivió. Esas verdades narran otras historias diferentes a la que se representa en la cartografía geopolítica del presente.

Aun si las historias todavía existen y las generaciones más jóvenes han escuchado y aprendido sobre los lugares previos a la migración, el mundo sobre el que han escuchado hablar se ha transformado. Ocupados por nuevos habitantes, trazados con otras fronteras, los lugares se han convertido en otros. En los viajes que emprenden, el mundo que descubren poco o nada tiene que ver con el de sus padres y abuelos. Las autocartografías, en esta medida, son textos que se esfuerzan por dar cuenta del mundo detrás de las fronteras, las geopolíticas y todas las demás que separan a los nuevos migrantes con las tierras de sus antepasados. Se trata de textos en los que el

mundo se reconstruye entre diálogos que unen el pasado y el presente, las memorias, las expectativas, la experiencia del “reencuentro” y de los regresos expectantes.

Detrás de las fronteras. Espacialidades alternativas

El concepto “autocartografía” se ha articulado mediante dos definiciones de “frontera”. Michel Foucher (2021) desde la perspectiva geopolítica y diplomática explica que una frontera «[e]s un límite geográfico –línea o espacio– cuyo trazado refleja las relaciones entre dos grupos humanos: relación de fuerzas militar o diplomática, pero también tradiciones o relación de buenos vecinos. Es, en cierta forma, la historia escrita en la geografía o ‘los tiempos inscritos en los espacios’» (p. 13). Kapka Kassabova (2019) lo hace a partir de una experiencia humana fundamental para el presente estudio: la migración y el movimiento entre naciones:

las fronteras están allá donde el tejido es más fino [...] es el lugar donde el poder adquiere de repente un cuerpo, por no decir un rostro humano, y una ideología [...] es el centralismo [es otra ideología] en la práctica: la creencia de que el centro de poder puede emitir órdenes a distancia con impunidad y sacrificar la periferia; lo que queda fuera del punto de vista dominante, queda fuera de la memoria. Y las zonas fronterizas siempre son la periferia, siempre quedan fuera del punto de vista dominante. (p.11, 13)

El mundo se recorre a partir de las representaciones que se han hecho de él. Es evidente que ha habido una que ha cobrado protagonismo, la del mundo occidental. Sin embargo, hay una pluralidad de mundos y de sus representaciones. «Estos giros, a través de espacios y lugares del pasado y del presente, postulan la existencia, no solo del único mundo “real” o de infinitos mundos posibles, sino de un mundo plausible, de una nueva concepción del mundo como plausible» (Tally, 2013, p. xiv)⁴. Estas “espacialidades alternativas” invitan a pensar en el modo en que se ha imaginado el mundo. La autocartografía está ligada a estas propuestas dado que supone el hecho de que no existe un mundo único y verdadero. Para Bertrand Westphal el término “El Mundo” está descentrado. Toda dislocación, los inmigrantes y desplazados lo saben muy bien, abre espacios, y, en consecuencia, los resignifica, anulando la posibilidad de una verdad única.

El giro que se evidencia en las autocartografías conversa con los planteamientos de Westphal en *Le Monde plausible. Espace, lieu, carte* (2011). La focalización sobre la vida del autor se desplaza. El espacio se recorre, se busca, se cuestiona. El *yo* autorial es más amplio, no se limita a la primera persona, sino que en él se yuxtaponen los caminos, las migraciones, en otras palabras, es un compendio de experiencias de

4. La traducción es mía. «These twists and turns, through spaces and places of the past and present, postulate the existence of, not just the one ‘real’ world or infinite possible worlds, but a plausible world, a new conception of the world as plausible» (Tally, 2013, p. xiv).

los lugares. Estas búsquedas implican, en muchos casos, a recurrir a la ficción y se sustentan sobre relatos de los familiares; relatos alterados por las emociones, por los traumas y nostalgias.

Así pues, y de acuerdo con la propuesta de Westphal, la “autocartografía” observa el mundo no desde la frontera sino desde los espacios y las versiones de quienes se fueron y de quienes vuelven a ellos. Como críticos, las autocartografías nos permiten ver la manera en que las generaciones migrantes se relacionan con los espacios, cómo se transmite esa memoria y qué sucede en el proceso de búsqueda de esos lugares que, en la historia familiar, son originarios.

Para Westphal la literatura ofrece «una suerte de mapa narrativo con el que orientarse [...] cuando [el mundo exterior] resulta incierto» (Martín Santamaría, 2021, p. 2). En las autocartografías, contar la historia del “retorno” genera un mapa donde el espacio del que se pretende dar cuenta no puede obedecer a las fronteras. Estas son, precisamente, uno de los factores que impiden el regreso. Las fronteras en algunos casos dificultan la posibilidad de encontrar los lugares y, en otros, son el mismo motivo por el que las familias tuvieron que recurrir a la migración.

Dar cuenta de estos espacios es, también, dar cuenta de numerosos desplazamientos. Tránsitos que, además, sucedieron en épocas diferentes. El espacio es central, pero ¿qué lo determina? ¿qué elementos se pueden usar para representarlo y comunicarlo? La “autocartografía” es, en este orden, una posibilidad de generar una suerte de mapa de dos caras. Es un dibujo que, simultáneamente, es el mapa político actual, porque en él se mueven los autores y, en el otro, es donde se representa la inversión de esos recorridos. No se puede dejar de lado que los autores viven en la actualidad y que en ella hay obstáculos a los que se deben sobreponer. Esta es la cuestión de la “autocartografía”: comprender los espacios a partir de las múltiples versiones con las que han podido conocer y recorrer el mundo décadas después de que fue abandonado.

«[L]a literatura y la cartografía se igualan en un punto: a base de distorsionar la realidad representada, ambas sirven como referencias para orientarse en un mundo cuyos límites (geográficos, pero también políticos, económicos o culturales) no siempre son claros» (2021, p. 3). Es por este motivo por el que la “autocartografía” se la puede entender a través de los planteamientos del geocriticismo de Westphal, porque pone al lugar en el centro. Inquieta en la manera en que se ha hablado de él, cómo se dio a conocer en las familias, cómo se ha pensado desde la migración. La autocartografía, sin embargo, tiene un mediador, alguien en quien confluye el pasado y el presente. «Para comprender el mundo que nos rodea no basta con observar sus cambios, es necesario apropiarse de él por medio de representaciones que nos permitan imaginarlo» (2021, p. 3). De la mano de los escritores, quien lee una autocartografía, presencia el proceso de reapropiación de un espacio.

Relación plástica con los espacios

Basarse en *¿Qué hacer con nuestro cerebro?* (2007), *Que faire de notre cerveau?* (2004 y 2011) de Catherine Malabou en la estructuración teórica de la autocartografía supone dos actitudes fundamentales: una mirada interdisciplinar y la capacidad de adaptación. La plasticidad, explicada por la filósofa francesa es la capacidad que tiene nuestro cerebro de cambiarse a sí mismo; esto es, la capacidad biológica del cerebro de dar, recibir y explotar la forma. «*La plasticidad del cerebro es la imagen real del mundo porque la plasticidad es la forma de nuestro mundo*» (Malabou, 2007, p. 46). Esto propone que tanto nosotros como nuestras culturas estamos constituidos por la capacidad formativa de la plasticidad. Malabou tiene una comprensión dinámica de la forma como expresión, tanto material como conceptual. La “autocartografía” comprende igualmente los espacios como entidades dinámicas que están constantemente tomando y dando forma.

En diálogo con el cuestionamiento de un mundo representado y trazado por fronteras, Malabou nos brinda un axioma fundamental. «[H]ablar de *plasticidad* del cerebro lleva a considerar no solamente un creador y un receptor de forma, sino también un factor de desobediencia a toda forma constituida, una negación a ser reducido a un modelo» (2007, p. 12). En la “autocartografía” los autores no se limitan al nuevo modelo del mundo. Su actitud de búsqueda, el modo en que recorren los territorios es una rebelión a ese modelo único que presenta la geopolítica en sus mapas. Decidir regresar es ya un acto de desobediencia.

Si existe un modelo del mundo, dividido y organizado por fronteras, la experiencia de los migrantes hace imperativo que se vuelva a pensar. La lectura de los textos de los migrantes y de quienes transitan mundo, evidencia que la tierra es espacio de conexiones, un tejido de hilos que se entrecruzan, se superponen, se pierden y vuelven a aparecer. Por lo tanto, se hacen necesarios mapas en los que aparezca la convulsión de la vida humana. «La plasticidad el cerebro [del mundo y sus representaciones] corresponde[n] a la posibilidad de una *conformación por la memoria*, a la capacidad de formar una historia» (2007, p. 13). En *¿Qué hacer con nuestro cerebro?* la filósofa explicita que cada uno tiene «la capacidad [...] de recibir y de crear su propia forma individual [que] no depende de ninguna forma preestablecida; [y que] el modelo o el estándar originarios son, en cierto modo, progresivamente borrados» (2007, p. 13). En consecuencia, todos los modelos que conocemos, de alguna manera han participado en la borradura de otro modelo y, eventualmente, también serán reemplazados.

La cartografía geopolítica tiene un carácter plástico. Tiene la capacidad de perturbar las vidas de millares de seres humanos y está sujeta a lo que sucede globalmente. El problema, como se puede suponer, radica en que leemos los mapas actuales como la verdadera forma de los territorios, como el único trazado posible. Buscar las raíces de los migrantes en los mapas supone hacerlo sobre un discurso que

se ha superpuesto a otros. Aquí la autocartografía se presenta como un mapa plástico. Un mapa que representa la manera en que los movimientos modifican la idea del espacio, se traza en medio del desplazamiento y las dificultades que se presentan. Los espacios están mediados, divididos, contruidos, habitados por decenas de líneas; por obstáculos, puentes, redes y rutas que tienen más efecto que las mismas fronteras. Todas esas variables, todos esos accidentes, las historias, las huellas, las ausencias afectan a los seres humanos y constituyen lo que se transmite en sus relatos. «Lo que está en juego es toda la *identidad* del individuo, el pasado, el medio, los encuentros, las prácticas, en una palabra, la aptitud que tiene nuestro cerebro, *todo cerebro*, de adaptarse, de integrar las modificaciones, de recibir impresiones y crear de nuevo a partir de esta recepción» (2007, p. 14).

Alicia Dujovne Ortiz: una cartógrafa de las dudas

Alicia Dujovne Ortiz nació en Argentina en 1940. Hija y nieta de migrantes, es escritora, traductora y periodista. Dentro de su vasta obra ha publicado cuatro textos carácter autobiográfico: *El árbol de la gitana* (1997), *Las perlas rojas* (2005), *Comarada Carlos* (2007) y *Andanzas*⁵. Atravesadas por la experiencia del exilio y la migración en primera y tercera persona, la autora exiliada en Francia como consecuencia de la dictadura de Jorge Rafael Videla (1976-1981), recorre las tierras donde tiene raíces⁶ en busca de los lugares que aparecieron siempre en las historias que le contaba su madre⁷.

La obra de Dujovne resuena cuando se estudia la “autocartografía”. Como autora migrante, ha explorado los diversos lugares desde donde se puede escribir. Ha perseguido los pasos de su padre, los de sus abuelos y cuando los pasos de sus antepasados se han hecho difusos o cuando los pasos han sido inciertos, inexistentes o han estado en otros lugares ha hecho de su escritura el mapa y con ella ha dado lugar a la historia de generaciones atando el pasado y el presente con el futuro. El judaísmo que hereda de su familia paterna ha influenciado la manera de leer las grietas en las historias. Más allá de eso, el humor con el que se aproxima y cuenta las dificultades muchas veces absurdas a los que se enfrentan los migrantes es profundamente judío.

Su obra literaria compuesta por biografías, autoficciones y novelas dialoga con las preguntas por las migraciones, los tránsitos y la memoria, temas a los que la crítica

5. *Andanzas*, publicada por Equidistancias (2022) es una trilogía autobiográfica donde aparece la tercera y quizá última parte de sus autobiografías.

6. Además, ha publicado crónicas de lugares cercanos a ella, ciudades y países en los que ha vivido como *Buenos Aires* (1984), *Bogotá* (1994), *Argentine* (2005). También publicó un ensayo sobre el exilio, la migración y el suicidio titulado *Al que se va* (2003).

7. Dujovne aclara en sus autocartografías y en sus entrevistas que las historias, incluso las que corresponden a la familia de su padre, las escuchó en la voz de su madre. Su padre, con el tiempo se refugió o se le hizo necesario elegir el mutismo respecto a su historia y a la de sus progenitores.

ha prestado su atención. Su obra ensayística también se enfoca en los mismos temas, la autora con frecuencia vuelve a los lugares donde su memoria, su imaginación y su identidad están enraizadas. Ha sido estudiada en relación con el movimiento, y la oscilación de estar entre dos o más lugares. Kaplan (1986) analizó las poéticas del desplazamiento en la construcción de *Buenos Aires* (1993) ciudad natal de la autora, un libro publicado en francés. Nohe (2021) ha revisado la manera en que Dujovne trata el desplazamiento en su escritura. Dentro del número dedicado a la literatura judía latinoamericana de la *Revista Iberoamericana* (2000) Nora Glickman realizó un estudio sobre la búsqueda que viene tras la migración que, en el caso de Dujovne, es una pesquisa que explora no solo el pasado de la autora sino el de su familia. La ascendencia judía de Dujovne marca su concepción sobre su exilio, desde este eje ha sido estudiada por Mennel (1999) quien enfocó su mirada en la construcción del hogar tras el desplazamiento y por Ran (2009) quien exploró la construcción de la identidad de Dujovne como exiliada y judía. La lectura a partir de la “autocartografía” es un diálogo entre dos textos de Dujovne y *Las perlas rojas* (2005) y *Camarada Carlos* (2007) dos obras que no han sido el centro de estudio de la crítica, pues *El árbol de la gitana* (1997), su primera autobiografía, es el que más ha llamado la atención de los teóricos. Dujovne ha recibido importantes distinciones como la beca Guggenheim, la Memorial Foundation y la Mission Stendhal del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia.

La familia de Alicia Ortiz, madre de la autora, salió de España, de un pequeño pueblo cantábrico que lleva el nombre de San Pedro del Romeral. Los Ortiz de la Torre llegaron a la Argentina en el siglo XVIII. Convertidos en estancieros, unas generaciones más tarde, el bisabuelo de la autora desheredó a sus hijos. Los terrenos se perdieron. Dujovne se construye como migrante, en ese acto, hace una pesquisa de las pérdidas que componen el imaginario de su familia. Explica que su lado materno vivió otras pérdidas. Cuenta que la Guerra del Paraguay (1864-1870) terminó con la flotilla fluvial de su tatarabuelo genovés. En el inicio de *Camarada Carlos* (2007) una obra en la que, tras ganarse una beca viaja a Rusia en busca de respuestas sobre la vida de su padre y el origen de su familia. La narradora aclara que siempre ha tenido dudas respecto a sus orígenes. «[Su madre] descendía de estancieros entrerrianos y de marinos genoveses, antepasados relumbrantes acerca de quienes por un instante también dud[ó], hasta que una somera investigación [la] convenció de que el mito apenas si mentía» (Dujovne, 2007, p. 14).

Sus abuelos paternos, en cambio, provenían de un lugar que, durante muchos años, no se pudo ubicar en el mapa. La incertidumbre brotaba de las grietas y los duelos del exilio. En la obra de Dujovne hay una imagen recurrente, un gesto de su padre al hablar del lugar de origen de su familia. En vez de señalar un lugar preciso, él movía la mano como si dijera “más o menos” mientras decía “Rusia”. Este gesto pone en escena la problemática que nos ocupa. A finales del siglo XIX y en la primera

década del siglo XX, lo que actualmente se conoce como Rusia no era todavía la Unión Soviética sino el Imperio Ruso. Fueron casi dos siglos de la Rusia Imperial (1721-1917); luego, con la Revolución, apareció la Unión Soviética (1922-1991), y tras la disolución de la URSS, cerca de quince naciones reaparecieron en la cartografía de lo que corresponde a aproximadamente un tercio de su territorio. Así pues, en tres generaciones, el mapa de un mismo territorio cambió varias veces. A dichas alteraciones vienen subordinadas otras, como el cambio de idioma, asignación de otros nombres y la violencia que, generalmente, es el motivo principal para emigrar.

El gesto de Carlos Dujovne es muestra de que no hay un único mundo y que los migrantes lo saben muy bien. Él opta por un nombre para designar todo un territorio. El gesto deja en claro que el territorio no es Rusia pero que en algún momento hizo parte de *una* Rusia. En el caso de Dujovne y de su padre, *esa* Rusia no es la de las fronteras geopolíticas y ciertamente no es la de 2007.

Sara y Samuel Dujovne, sus abuelos, eran originarios de un pequeño poblado cuyo nombre y locación resultó por décadas incierto. En las primeras páginas de *Camarada Carlos* (2007), Dujovne comparte la exigua información que conocía respecto de la historia de su familia paterna y la actitud que tiene al respecto.

Yo no me limitaba a saber que mi padre había nacido en las colonias judías creadas por el Barón de Hirsch en la provincia de Entre Ríos [...] Ni que mis abuelos paternos habían emigrado de Rusia a fines del siglo XIX para huir de los progroms [...] Ni que mi abuelo Samuel, maestro de escuela, se había suicidado antes de mi nacimiento porque la Argentina le resultaba peor que Rusia [...] Ni que a los quince años, en 1918, mi padre había formado parte del grupo fundador del PC argentino [...] Ni que en 1923 se había ido a Rusia para Participar Activamente en la Revolución (las mayúsculas se agitanaban en la voz de mi madre) [...] Ni que en 1928 fue enviado a Montevideo para ocuparse clandestinamente del Buró Sudamericano de la Internacional Sindical Roja. (Dujovne, 2007, p. 13)

Para efectos de un análisis puntual, se revisará la reconstrucción del imaginario de los territorios de origen de los abuelos paternos de Dujovne en *Las perlas rojas* (2005) y *Camarada Carlos* (2007). En 1977 la narradora viajó a París donde ha residido desde entonces. Esta pérdida de su lugar y la extranjería son un elemento constitutivo de su obra. La búsqueda de un lugar propio, la construcción de un concepto que le sirva para denominar lo que para ella es un hogar, está ligada y —en muchos aspectos determinada— por este territorio esquivo en la memoria y en la cartografía.

En los textos de Dujovne se encuentran con imágenes reiterativas, el mencionado gesto de su padre figurando ese “más o menos”.

Su evocación del pueblo natal se prestaba a dudas. Siempre decía: Estaba situado en Entre Ríos o en el norte de Santa Fe, moviendo la mano con el mismo gesto de “más o menos” que utilizaba para definir el origen de sus padres: Besarabia, Moldavia, Ucrania, Rumania. Siempre me irritó la indeterminación: “¿Pero qué era? ¿Entre Ríos, Santa Fe,

Moldavia, Besarabia?”, y siempre recibí la respuesta que hablaba de identidad incierta. (Dujovne, 2007, p. 24)

La incertidumbre llevará a Dujovne, años más tarde, a emprender una travesía inmensa en búsqueda de ese lugar imposible de situar. Esos caminos, el viaje a Rusia, las profundas investigaciones, ponen en evidencia la plasticidad de la imaginación y de la historia de los lugares que busca.

En Camarada Carlos (2007) enfatiza que a *la verdad* paterna la rodea la duda. Su progenitor además al trasladarse a la Unión Soviética entró a formar parte del partido comunista y se convirtió en agente secreto. Cargo que llevaba consigo un requerimiento fundamental: el secreto, que se tradujo en mutismo. Dujovne sabe poco. Lo que sabe, se lo debe a su madre quien asumió el papel de narradora en la familia. Alicia Dujovne recibió una beca de la embajada de Francia para recorrer Rusia y así reconstruir la vida de su padre. Viajó con una lista de *lugares plausibles* que debía buscar. No fue una travesía con destinos determinados, sino de la búsqueda de sitios cuyo nombre desconocía, de nombres equivocados, una lista de preguntas.

Como “autocartografía” resaltan ciertos rasgos. La biografía del padre es narrada en la primera persona de una hija que opta por “volver”. Una hija que sabe poco, que recorre el territorio de una nación que ya no existe como en la época en que su padre residió en ella. Ella es una mujer migrante cuyo hogar aparece más en la literatura que en la tierra. «¿Por qué cabo agarrarla? La historia, digo. ¿Por los libros que he escrito, libros que han sido mi verdadero hogar y que abiertos sirven de alero a dos aguas para protegerme de lluvias y de vientos?» (Dujovne, 2005, p. 135). La literatura aquí tiene el carácter plástico de convertirse en el hogar de la narradora, el mapa, el mundo mismo en el que puede, de alguna manera, encontrarse.

El yo narrador le permite a Dujovne yuxtaponer las cartografías. Le admite dudar de los lugares al igual que posibilita que las incertidumbres, como las certezas, coexistan. Lo anterior expresa la plasticidad de las certezas y de las historias. Estas toman la forma no solo del momento histórico sino de la situación de cada miembro de la familia. La incertidumbre también toma la forma de cada quien. «Entonces Carlos le cuenta [a su padre]. Que se ha hecho comunista, y que algún día no lejano se irá a Moscú. La única salida está en rehacer el camino. Ellos se han equivocado al venir, él piensa repararlo volviendo» (Dujovne, 2007, p. 30).

El primer exilio es el de Sara y Samuel quienes, al final del siglo XIX, abandonan un lugar que parece haber llevado el nombre de Kurilovich. Atraviesan medio continente para tomar un barco que los lleva hasta el otro lado del Atlántico. Continúan la travesía para arribar al vasto territorio de la pampa y construir una nueva vida en Colonia Carmel. Tienen dos hijos. Uno de ellos, nuestro protagonista, opta por el camino del comunismo que lo llevará no solo a Moscú, sino de nuevo a Sudamérica, por Uruguay, Bolivia hasta retornar a la Argentina donde verá morir sus ideales. Años después, su hija escritora, exiliada en Francia, escribe las siguientes palabras:

Ochenta y dos años después, el 15 de septiembre de 2005, zarpo del aeropuerto de París, donde vivo desde 1978, rumbo a Moldavia o Besarabia. He invertido a mi vez el viaje de mis abuelos y perpetuado la tendencia a cambiar de tierra. Las razones para partir también se reproducen. 1978 no es una fecha casual en la Argentina: tiempos de dictadura militar, tiempos de exilio. Ahora me dispongo a consultar los archivos moscovitas de la calle Bólchaia Dmitrovka para encontrar las huellas del camarada Carlos. Pero antes necesito pasar por Kishinev, la ciudad cuyo nombre me suena a cuento. (Dujovne, 2007, 33)

Las verdades de Dujovne han cambiado de forma. El exilio las moldeó de nuevo. Los elementos que le sirven a Dujovne para construir su cartografía son lo esquivo y lo ausente marcan la cartografía de la familia. Aquello que le resulta más huidizo son los hogares. «[C]ontar la historia enumerando las casas se me hace más verídico [...] Desde mi alejamiento de la Argentina, la gitana que soy no ha dejado un instante de rastrear vivienda. Muchas otras historias se podrían contar. Ninguna como esa» (Dujovne, 2005, pp. 135-136). El mapa del mundo que construye la narradora tiene la interesante cualidad de señalar lo que no es, lo que no está. Un mapa de personajes errantes, de lugares desaparecidos porque los abandonaron sus habitantes. Por eso el mapa, es un mapa de hogares que no existen. Otro mapa probable podría ser el de los hogares posibles, los que no fueron, los que se perdieron y los que habrían podido ser.

La historia de su familia paterna está enraizada al mismo territorio que no es muy grande. La ausencia de un “mapa total” conduce a la pregunta si el territorio no es también plástico, si no está íntimamente ligado a quienes lo transitan y lo habitan, Esa relación vital con los lugares aparece en las historias de migrantes y viajeros. La “autocartografía” expone la presencia de ese yo que hace el esfuerzo de unir, momentáneamente, las experiencias y los imaginarios de un lugar. El texto continúa:

[L]os únicos que [...] han nombrado [a Cisinau] en este mundo han sido mi padre y algunos otros judíos argentinos, hijos y nietos de judíos de Kishinev [...] Para todos ellos Besarabia y su capital eran sitios inciertos. Sabrosos pero inciertos (a menudo que su sabor proviniera de dicha incertidumbre). Sitios más de canción o de lengua, que de tierra. En 1925, Carlos, establecido en Moscú, visitó el pueblo natal de Sara y Samuel: Kurilovich. Eso, no le impedía, al hablar de Kurilovich, y de Kishinev, y de Besarabia, y de Moldavia, y de Rumania, y de Ucrania, seguir balanceando la mano en el aire con un planeo de hoja al caer. “Es que a veces era Rusia y, a veces, Rumania, nena –se disculpaba–. Pero la capital es Kishinev” (Dujovne, 2007, p. 33).

Kurilovich, Kishinev, Rusia, Rumania o Ucrania aquí se convierten en lo que Westphal denomina lugares plausibles. Son lugares que responden y se erigen dudosos como consecuencia de la migración. El hecho de que existan en la duda no los hace menos reales, habla de otra experiencia del lugar. Quien pierde su casa se relaciona de una manera distinta con el territorio. Hablar de un lugar que se ha

perdido, dar cuenta de él, implica herramientas narrativas, ficciones, aliteraciones, metáforas, analogías, todas ellas para intentar reconstruir algo que ya no existe y si existe que no es de ellos. La palabra retoma su papel artificioso, crea mundos, permite rescatarlos.

En el viaje de Dujovne “para ver si aquellos lugares existen”, todas las versiones se superponen. Nada es como se lo imagina, pero no por eso los lugares de las historias dejan de ser ciertos. Aparecen y desaparecen y, en la medida en que la narradora viaja, un nuevo mapa se suma a la cartografía familiar.

[M]e siento en un terreno desconocido. No hay recuerdos que esperen. Ni Sara ni Samuel parecerían andar por esos andurriales. Si alguna vez pensé transitar por una ciudad en cuyas piedras se escondiera la música klejmer, de tal modo que al caminar se alzarán violines que estremecieran la sangre y resonaran en la médula, acá no es. He llegado a un sitio que no es. (Dujovne, 2007, p. 34)

La narradora busca y no llega. Antes de salir de París un judío emigrado le advierte: «Besarabia no es un territorio sino un estado de ánimo» (2007, p. 34), una idea, un recuerdo, una nostalgia, podríamos preguntarnos. Su travesía continúa, mientras ella recorre el territorio recompone la historia, ejercicio que genera otras dudas. «Hasta [1812], y desde la Edad Media, Besarabia formaba parte del principado rumano de Moldavia cuya capital era Iashi. Kishinev no siempre fue la capital. Antes de la llegada de los rusos era un simple pueblito» (2007, p. 36). Descartar y equivocarse son pues ejes fundamentales en el trazo de estas cartografías. Hay que viajar y llegar a los lugares para permitirles inscribirse en la cartografía. El lugar real da forma al mapa, da forma a la memoria y la voz de quien lo narra.

Kurilovich continúa invisible. Al cabo de una semana comienzo a darme cuenta de que me he equivocado [...] Hasta que alguien me dice: [...] –Pero, claro, vos lo buscás en el mapa de Moldavia y en realidad está en Ucrania, al lado de Moguilev-Podolski [...] –¿Entonces no eran de Besarabia mis abuelos? [...] –Sí. Besarabia llegaba hasta el sur de la actual Ucrania, y además era un estado de... [...] Un estado de ánimo que repercute en la memoria, cuyos designios son inescrutables. (2007, p. 39)

En términos de plasticidad, la historia y la idea del lugar se construyen a partir de diversas fuentes. Por un lado, aparecen las ya mencionadas narraciones y silencios familiares. Ambas tienen una fuerza vital en la formación del imaginario. Este condiciona la identidad del intérprete, el mismo quien se aventura al viaje. Como esas voces y sus versiones no son suficientes, la pesquisa se lleva a cabo en las bibliotecas, en los archivos. Esto demuestra que el deseo de conocer y de entender son un motor fundamental en la reconstrucción cartográfica de las migraciones. El olvido, sin embargo, tiene también un papel determinante en la manera en que los individuos modulan y dan forma a la historia. En algunos casos, el olvido es una herramienta necesaria para la supervivencia porque abre espacio y hace necesaria la interpretación.

El mapa de una familia de migrantes es plástico. De acuerdo con Malabou la plasticidad es la capacidad de formar una historia, una posibilidad de conformación por la memoria. En consecuencia, el territorio que se construye es producto de quienes lo piensan, lo imaginan, lo recuerdan, ese territorio se modifica y su imaginario también afecta a quienes lo piensan. El desenvolvimiento de esta interacción culmina en la “desobediencia” de las fronteras. No pensar el mundo a partir de ellas. Así, la literatura, como sostiene Westphal, ofrece otro mapa, otro mundo posible.

La duda y la incertidumbre son elementos fundacionales en una cartografía que no se escribe a partir de las fronteras geopolíticas sino a partir de las redes y las rutas. Redes, porque se trata de un ejercicio en el que la narradora teje, conversa, anuda. Es una cartografía donde las coordenadas dejan de ser el eje que determina un territorio y las personas regadas en el mundo ofrecen otra cosa: abren espacio. Este espacio no es necesariamente para volver y quedarse a vivir allí. Es un espacio que permite confrontar lo que se sabe y lo que no. Permite dudar de sí mismo, de su lugar en el mundo, de las cosas que le definen como la noción de identidad. Le permiten al escritor ser enlace, puente y túnel. Los tipos de movimientos requeridos para estos desplazamientos son muchos. Algunas veces se pueden atravesar, pero otras veces toca saltar sobre ellos. En la “autocartografía” los narradores se ven en la necesidad de transitar el mundo de múltiples maneras, también en el tiempo. La manera de hacer esto es removiendo las historias, preguntando, ejerciendo asiduas tareas de indagación.

Puesto que se trata de una escritura de generaciones que han nacido en la migración. El concepto del regreso está siempre presente. No es un regreso propio, sin embargo, el movimiento es fundamental para quien lo realiza. Dujovne nos ofrece una premisa particular al respecto. «Una vez alisado el tiempo comprenderemos que la vida del inmigrante está cortada en dos, antes y después de la partida. Dos personas, vos y yo. Dos direcciones, ida y vuelta. Aunque acaso la vida de todo el mundo, viajeros y sedentarios avance hasta tocar un punto y, a partir de ahí, el resto sea solo regreso» (Dujovne, 2005, p. 203). Esas idas y regresos nos dan forma, pero con ellas también se le va dando forma al mundo y es ese el mapa del que trata de dar cuenta la autocartografía.

La narrativa detrás de las fronteras: conclusión

La lectura de *Las perlas rojas* y *Camarada Carlos* como textos autocartográficos evidencia la manera en que Dujovne construye una cartografía alternativa que no concibe los espacios delimitados por las fronteras. La escritura de la autora argentina construye un espacio de interconexiones. Más aún, en estas dos obras da cuenta de los lugares plausibles. Construye los espacios a partir de sus múltiples versiones. Las autocartografías de Dujovne construyen una cartografía migratoria, una cartografía que cambia constantemente puesto que se trata de las experiencias humanas de los

espacios. Nos recuerda que los espacios son puntos de encuentro no solo de personas en el presente, sino es un punto de encuentro con el pasado, con lo que fue y con lo que no pudo ser. Todas estas experiencias están compiladas en los espacios que los seres humanos llevan en su memoria y en su imaginación. Estos al ser cartografiados desobedecen a las fronteras, se deslizan entre ellas. Una cartografía de doble cara como la de Dujovne, explicita que, en términos de tránsitos y movimientos transnacionales no se puede desconocer que el mundo en el que vivimos está sujeto a las legislaciones migratorias y que, por lo tanto, las fronteras son inevitables. La autocartografía propone entonces habitar los espacios, recorrerlos, escribir sobre ellos yendo más allá de lo que las fronteras ofrecen. Recuerda que esas líneas fronterizas son trazos artificiales y limitantes que poco puede comunicar sobre las vidas de los seres humanos que han pasado sobre ellos.

En *Las perlas rojas* y *Camarada Carlos* Dujovne superpone la experiencia de tres generaciones sobre el territorio originario de su familia paterna. Sara y Samuel huyeron de su tierra a finales del siglo XIX. Durante años los judíos que vivieron en esos territorios donde tuvieron que resistir linchamientos y ataques. Deciden escapar y optan por arriesgarse a viajar a Argentina donde el Barón Hirsch había comprado territorios inmensos en la Pampa para ofrecer una segunda oportunidad a los judíos de esa zona. La autocartografía de Dujovne presenta el recuerdo de esos lugares de los que tuvieron que escapar y luego la nostalgia con la que lo recordaba su abuelo y el desdén de su abuela al rememorarlo. En *Camarada Carlos*, Dujovne a sus sesenta obtuvo una beca para viajar a Rusia. Lejos en el tiempo de las dos experiencias, su experiencia de Rusia en 2005 no elimina las de sus antepasados, por el contrario, nos ofrece una experiencia donde esas tres versiones coexisten. En esta travesía Dujovne debe atravesar fronteras, busca y no encuentra el pueblo por el nombre que había escuchado en su casa. Esto evidencia que las fronteras resultan insuficientes y no conducen a su destino, sin embargo, sí marca la dificultad de su itinerario.

Mientras Dujovne narra su experiencia en Rusia, sus desplazamientos y encuentros con varios personajes, también narra la vida de su padre. En la década de 1920 Carlos viajó a la Unión Soviética donde estudió y se convirtió en miembro del Partido Comunista. La narradora descubre verdades que se mantuvieron detrás del silencio y los secretos. Aprende de los lugares en los que vivió su padre y con ello la experiencia de esa nación mítica y desaparecida que fue la Unión Soviética. Se encuentra con otras fronteras, las de las leyes, el idioma, la cultura y el tiempo. Todos factores que delimitan los territorios que condicionan la experiencia del lugar. Las tres experiencias terminan siendo más o menos Rusia, ninguna es una única Rusia, ninguna es definitiva, todas plausibles.

La autocartografía es plástica como escritura. Por un lado, al ser la narración intergeneracional de un lugar, una historia de migrantes es muestra de que los lugares reciben la forma de las experiencias humanas. Dibujados, narrados, pensados,

imaginados y olvidados, los lugares también nos dan forma a nosotros. Nos hacen partícipes de su historia en la medida en que nos apropiamos de ellos. Dujovne descubre lo que habría podido ser de su familia de haberse quedado. Entiende, al estar en esos espacios, los motivos que impulsaron el exilio de sus abuelos y, al hacerlo, entiende mejor el suyo. Entender la historia de esa *más o menos Rusia* figura el tono de la narrativa de Dujovne, es decir, figura al sujeto que narra mientras construye su cartografía.

Resignificar las fronteras en una autocartografía no es desentenderse de ellas. Es comprenderlas como una narrativa. Es también trabajar con esas y las demás fronteras, explicitar cómo la radicalización de las fronteras tiene consecuencias inmensurables en los individuos. Es también adoptarlas como parte de una narrativa y crear sobre ellas otros espacios, los espacios habitados, abandonados y recordados. Esta resignificación de las particiones es la que hace posibles los regresos a las tierras de los antepasados.

Referencias bibliográficas

- DUJOVNE, A. (1997) *El árbol de la gitana*. Alfaguara.
- DUJOVNE, A. (2005) *Las perlas rojas*. Alfaguara.
- DUJOVNE, A. (2007). *Camarada Carlos*. Aguilar.
- FOUCHER, M. (2021). *El atlas de las fronteras*. Cátedra.
- HOUVENAGHEL, E.H. (2019) «Hacia el centro de una descendiente de refugiados españoles en Francia: María Casarès.» 80 ans après «La Retirada» (1939-2019). *L'exil républicain espagnol en France: théâtre, culture et engagement, Hypothèses*. <https://univ-avignon.hal.science/hal-03563135/document>
- HOUVENAGHEL, E.H. (2015) «Cruzando fronteras: Espacio e identidad en el ensayo de Angelina Muñiz Huberman» In Houvenaghel E.H. (coord. y ed.) (2015), *Escribir en Nepantla: la prosa sin fronteras de Angelina Muñiz Huberman, hija del exilio republicano*. Special Issue *Anales de Literatura Hispanoamericana* (44), 87-100. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/51508> https://doi.org/10.5209/rev_ALHI.2015.v44.51508
- HOUVENAGHEL, E.H. (2023). «A Place for Us: Spatial Proximities in the Correspondence between María Casarès and Albert Camus (1944-1959)» *Romance Quarterly*, 70, 1, 1-23. <https://doi.org/10.1080/08831157.2023.2188133>
- KAPLAN, C. (1986). «The Poetics of Displacement in Alicia Dujovne Ortiz's 'Buenos Aires.'» *Discourse*, 8, 84-102. <http://www.jstor.org/stable/44000273>
- KASSABOVA, K. (2019) *Frontera*. Armaenia.
- MALABOU, C. (2007) *¿Qué hacer con nuestro cerebro?* Tiempo al tiempo. Arena Libros.
- MARTÍN SANTAMARÍA, E. (2021). «Apuntes para una aproximación geocrítica en América Latina», *Humanística. Revista de estudios literarios*, año 2, (no. 2), p. 1-17.
- MERUANE, L. (2013) *Volverse palestina*. Random House.
- WESTPHAL, B. (2013). *The Plausible World. A Geocritical Approach to Space, Place, and Maps*. Palgrave. Macmillan. <https://doi.org/10.1057/9781137364593>